



Hospitalidad sí, hospitalidad siempre

N. 262. Abril 2022. Suplemento del Cuaderno CJ n. 227
Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com • www.cristianismeijusticia.net

Salir de casa forzosamente¹

Más de tres millones de personas ya han tenido que huir de Ucrania a causa de la guerra. La Comisión Europea estima que hasta 6,5 millones de personas se verán obligadas a salir del país, además de los desplazados internos. Es la crisis humanitaria más importante en Europa desde la Segunda Guerra Mundial y se añade a una situación global de inestabilidad creciente. ACNUR (Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados) presenta anualmente un informe y en el último,² publicado a mediados del 2021, estimaba en 92 millones las personas susceptibles de ser atendidas por la agencia durante 2020. En el año 2015, eran 64 millones: personas refugiadas, solicitantes de asilo, desplazadas internas, a veces a causa de guerras, pero también, y cada vez más,

como consecuencia de catástrofes climáticas. La cifra no ha parado de crecer en los últimos años y se mezcla con los flujos migratorios provocados por la falta de perspectivas económicas y vitales que se dan en determinadas regiones del mundo. La previsión es descorazonadora y va ligada al mal pronóstico de los factores que motivan este masivo desplazamiento forzoso.

Hospitalidad con corazón, hospitalidad con cabeza

Ante la guerra y el hecho de que tantas personas se vean obligadas a abandonar su casa, nos sentimos conmovidas y movidas a actuar. De forma individual, comunitaria o institucional, nos planteamos qué podemos hacer, cuál debe ser nuestra

aportación, cómo ayudar a paliar el sufrimiento innecesario que vemos en el rostro de tantas personas y familias. La emergencia externa se vuelve urgencia; llama a la puerta y queremos hacer lo posible para actuar ante la injusticia. Que la realidad nos mueva es síntoma de humanidad, de fraternidad y de un instinto innato de protección de la vida. Esta ola de solidaridad nos muestra que no todo está perdido, que la fraternidad es posible. La guerra de Ucrania, ya sea por la alta visibilidad en los medios de comunicación, por la proximidad geográfica o por otras razones, está siendo para muchas personas un descubrimiento de la dramática realidad del refugio y una movilización de energía y sentimientos como pocas veces habíamos presenciado. Debemos reconocer el valor de este «abrir los ojos a la hospitalidad» a la vez que creemos que hemos de actuar teniendo en cuenta la intensidad y la dirección, para que pueda dar el mayor fruto posible.

Ofrecemos, brevemente, unos criterios que pensamos que pueden ayudar a construir una acción continuada a favor de la acogida y la hospitalidad:

- *Universalidad*, que nos lleva a no distinguir entre personas refugiadas o migrantes. La mirada compasiva y nuestra solidaridad es necesario que se hagan extensivas al conjunto de las personas que diariamente abandonan su casa desde tantos países (Siria, Afganistán, Ucrania, Mali, Sudán, Yemen, Colombia, Venezuela, El Salvador, Nicaragua y tantos otros), sea cual sea la causa. Millones de víctimas que sufren diversas formas de violencia en origen, durante el tránsito, en las fronteras y a veces también en los lugares de destino. En este

sentido, el primer objetivo es ofrecer atención a las personas que emigran o buscan refugio, especialmente a aquellas que se encuentran en situación de mayor vulnerabilidad, y a la vez mantener nuestras puertas abiertas para las que puedan llegar en el futuro. La universalidad requiere de la movilización del máximo de recursos para atender de la mejor manera posible, al mayor número de personas. Si la atención de la emergencia actual va en detrimento de las personas que han sufrido otras situaciones similares, o prioriza unas nacionalidades sobre otras, unas situaciones sobre otras, estamos aplicando una hospitalidad discriminadora e injusta que no es a la que aspiramos.

- *Permanencia en el tiempo*, porque la hospitalidad no se agota en la primera acogida, a corto plazo o en la emergencia, sino que requiere de procesos que acompañen hacia la autonomía y la inclusión plenas. Y esto supone tiempo. Sostener la hospitalidad permite ir más allá del gesto de abrir la puerta y exige dar tiempo para que las personas adquieran poco a poco aquellos instrumentos que les permitirán ser dueñas de la propia vida y decidir sobre su futuro. El aprendizaje de la lengua es muchas veces un elemento esencial; y la lengua se aprende en un aula, pero se aprende sobre todo cuando se comparte la vida. Y compartir la vida es exigente porque nos obliga a cambiar planes, a movernos de nuestros entornos seguros, a abrirnos a lo desconocido, a dedicarle tiempo y a dejarnos transformar. Es por esa razón por la que la hospitalidad, sobre todo cuando es vida e intimidad compartida, es tan contracultural.
-

- *Mayor necesidad.* Es el criterio que nos invita a poner el foco allá donde no hay ninguna atención, en los «vacíos» del sistema de protección internacional y en el acompañamiento de las personas migrantes y solicitantes de asilo más vulnerables, es decir, en aquellas que por diversas razones pueden quedar al margen. Hay que diseñar respuestas que tengan en cuenta la subsidiariedad, evitando sustituir la acción del Estado y del sistema de protección oficial; la complementariedad, poniendo los refuerzos allá donde se detecten las debilidades o insuficiencias del sistema; la adicionalidad, para extender las posibilidades de migración legal y segura, y aumentar la capacidad de acogida del Estado con programas de patrocinio comunitario (como los que ya están en marcha en Euskadi, Navarra y Valencia), u otras vías alternativas. Estar, pues, atentas a los invisibilizados, a los que no protestan, a los que no aparecen en los medios de comunicación, a los que no están organizados... para que nadie quede fuera.
- *Coordinación y trabajo en red,* porque solos no podemos nada, ni las personas ni las organizaciones; porque los retos que tenemos por delante son demasiado grandes, dolorosos e inalcanzables. Pero también porque un trabajo en red nos permite desarrollar acciones de mayor amplitud y calidad. Necesitamos articular recursos y energías de personas, organizaciones y movimientos que puedan ser complementarios y permitan coordinar la acción en el origen, en tránsito y en el destino, así como el servicio, la reflexión y la incidencia. Necesi-

tamos ser generosas y ofrecer lo que tenemos, lo que sabemos, y poner en el capazo común las habilidades y los recursos necesarios. Unas serán expertas en comunicación; otras, a la hora de articular comunidades; algunas serán especialmente innovadoras y creativas; otras ofrecerán su solidez y fidelidad discreta... En los tiempos que corren y que nos vienen encima, vamos a necesitarlo todo.

Convertirnos en personas y comunidades hospitalarias

Hay cosas que no están a nuestro alcance y menos ahora, cuando el debilitamiento de la democracia está alejando a los ciudadanos y ciudadanas de sus parlamentos y gobiernos, sordos no solamente a la presión y a las protestas de la calle, sino, incluso, a los compromisos que ellos mismos adquirieron en tiempo electoral. Quizás poco podamos hacer para detener las guerras, pedir que se impulsen políticas de cooperación al desarrollo más generosas o que se apliquen mundialmente medidas medioambientales que mitiguen los efectos del cambio climático. En definitiva, los tres factores principales detrás del incremento exponencial del desplazamiento forzoso. Que no esté a nuestro alcance no significa, sin embargo, que tengamos que renunciar a hacer política y a seguir reclamándolo a nuestros gobiernos. Todo lo que dejemos de hacer acaba dejando espacio a los discursos que apelan al miedo, al «nosotros contra ellos», a los discursos de odio y de racismo que en los últimos años han encontrado vías políticas y de legitimación para expresar malestares muy profundos. Queremos y debemos seguir haciendo política, a pesar

de que cada vez seamos más conscientes de los límites de la política.

Pero sí que está a nuestro alcance escuchar y estar muy atentos a la realidad que nos va llegando. Y esta realidad nos pide situarnos al lado de las personas, acercarnos a los que sufren y hacerlo con urgencia, desplegando la ayuda que sea necesaria para quien ha de abandonar su casa sin saber si podrá volver. Pero no solamente esto: tenemos que ir más allá, como hizo el samaritano que, después de curar las heridas de la persona necesitada que se encontró por el camino, se hizo cargo de ella (Lc 10,25-37). Nosotros debemos encontrar también la forma de ofrecer hospitalidad... siempre.

Está a nuestro alcance convertirnos en personas y comunidades hospitalarias que construyen desde abajo una sociedad más fraterna y humana, capaz de acoger a las personas más vulnerables, entre ellas, las personas migrantes y desplazadas. Algo que nos compromete y que debe disponernos a:

- Abrir las puertas de «nuestra casa». Aquellos espacios privados y públicos que permitirán a las personas —a todas las personas— participar y sentirse agentes activos de la vida cotidiana: curar heridas que les lleven a poder decidir qué quieren hacer con sus vidas y a rehacer una normalidad que a nosotros puede parecernos anodina, pero que para ellas es todo un mundo lleno de posibilidades.

- Hacer gestos concretos (de escucha, de empatía, de cuidado...) que nos lleven a abrirnos al otro, superando la barrera que separa el «ellos» del «nosotros» y dejando que el miedo ante el «extraño» se vaya disipando. Caminar hacia un nosotros cada vez mayor. Una sociedad con un «nosotros» sólido y amplio es mucho más fuerte que una sociedad hecha de «nosotros y ellos».
- Entrar en diálogo y establecer vínculos que nos ayuden a comprender todo aquello que nos une y todo lo que nos diferencia; que contribuya a valorar lo que tenemos y lo que somos, pero, al mismo tiempo, a apreciar lo que nos falta en aquello que el otro tiene. Y esto solo es posible en sociedades a la vez integradas y diversas.

En resumen, la hospitalidad es una acción que refuerza la sociedad porque tiene su base en personas y comunidades que desean vencer el miedo y no se cierran en sí mismas. Ante una sociedad individualista, atrincherada y disgregada, la hospitalidad dibuja una sociedad capaz de organizarse y de generar espacios comunitarios donde acoger. Esto sí que está a nuestro alcance, y mejor empezar a construirlo hoy que dejarlo para mañana.

María del Carmen de la Fuente
Santi Torres Rocaginé
Fundació Migra Studium
(Servicio Jesuita a Migrantes)

1. Gran parte del contenido de este Papel se inspira en el posicionamiento que se dio a conocer el 16 de marzo por parte del Servicio Jesuita a Migrantes de España (SJME). Se trata de una red formada por diez entidades vinculadas a la Compañía de Jesús implicadas en la defensa de los derechos de las personas migrantes y su acceso a la plena ciudadanía. Podéis consultar el posicionamiento en el siguiente enlace: <https://sjme.org/>

2. El informe anual de ACNUR (2020) está disponible en: <https://eacnur.org/es/actualidad/publicaciones/informe-anual-de-acnur-2020>.